

Estudiante: Ayelén Dorta **Filiación institucional:** Licenciatura en Bibliotecología y Ciencia de la Información, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata **E-mail:** ayelendorta@gmail.com

Configuración de un circuito de lectura público para la ‘nueva Capital’ bonaerense: la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires (1884-1891)¹

Resumen: La investigación en desarrollo —de la que en esta ponencia se comunican unas primeras aproximaciones— estudia el proceso de constitución de la Biblioteca Pública bonaerense² que, a consecuencia de la federalización de Buenos Aires en 1880, debió asentarse desde 1884 en la flamante ciudad de La Plata. En el período fundacional de este espacio de lectura, ubicado entre 1884 y 1891, estuvieron a cargo de su configuración primaria dos intelectuales de la llamada Generación del 80: Francisco Pascacio Moreno y Augusto Belín Sarmiento. Por medio de un análisis de los documentos históricos relativos a sus períodos de gestión, la indagación busca comprender la formación de un circuito de lectura público, en articulación con los proyectos de ‘nueva Capital’ y la formación de una cultura científica que la élite letrada del 80 atribuyó a La Plata desde el mismo momento en que se proyectó su creación.

Palabras Clave: Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires – La Plata – Francisco Pascacio Moreno – Augusto Belín Sarmiento

Resuelto el problema del indio con la campaña al desierto de 1879 y capitalizada Buenos Aires al término del mandato de Nicolás Avellaneda (1874-1880), se eliminaron las principales trabas que ataban a la República a su pasado y se cerró su fase de construcción nacional. Las condiciones estuvieron dadas para la apertura de un gran período organizativo, que inició en 1880 con dos sucesos clave: la asunción de Julio Argentino Roca al cargo presidencial y la federalización de Buenos Aires. Desde ese entonces, el destino nacional quedó en manos de la denominada Generación del 80, un grupo de élite política e intelectual que centró sus esfuerzos en consolidar a la Argentina como un país, desde su perspectiva, moderno. Instalados en sus

¹ El presente trabajo forma parte del Proyecto de Investigación y Desarrollo *H800* —“*Entramados de la cultura impresa en Buenos Aires: libros, lectores, bibliotecas (siglos XIX-XX)*”, radicado en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y dirigido por la Mg. María Eugenia Costa.

² En la actualidad Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.

despachos políticos y ámbitos culturales aquellos letrados se ocuparon de propulsar numerosas acciones renovadoras caracterizadas por la búsqueda de lo nuevo, la fe en el progreso y la valoración de la ciencia como indiscutida legitimadora de sus discursos y acciones, que dejaron sentir sus efectos en todas las esferas de la vida nacional. El país se organizaba en torno a los principios de la paz, el progreso y el orden, que cristalizaban en medidas concretas y proyectos diversos, entre los que se halló la propuesta de creación de una capital para la Provincia acéfala (Bruno, 2012; Jitrik, 1968; Sabato, 2012; Vallejo, 2015). Tras la cesión de la gran ciudad bonaerense, aquella que —en términos de Dardo Rocha— “le había dado su nombre a la Provincia, que la había civilizado, que era su mayor orgullo, su centro político y administrativo, y su núcleo más ilustrado y poderoso de opinión” (en Salvadores³, 1932 [1882], p. 466, 467), urgía erigir una ‘nueva Capital’ tanto o más suntuosa que su antecesora.

Bajo la promesa del Gobernador provincial de convertirla en “un tiempo inmediato [en] un nuevo centro de progreso, de ilustración y de poder” (Dardo Rocha en Salvadores, 1932 [1882], p. 467), el 19 de noviembre de 1882 fue fundada La Plata en el desértico territorio que hasta entonces pertenecía a las Lomas de Ensenada. Desde inicios del año siguiente y con mano de obra principalmente extranjera, se laboró afanosamente en el levantamiento de una ciudad moderna que mirase al futuro, que contuviese todos los avances de la ciencia y la arquitectura característicos de las más portentosas urbes decimonónicas (Carbonari, 2008; Vallejo, 2000, 2015). Rápidamente el trabajo de edificación progresó y llegó a ser objeto de admiración por numerosos visitantes, entre los que contamos a Domingo Faustino Sarmiento, quien en una carta de 1883 expresó: “he visto a la capital que se da en Buenos Aires Provincia y sólo Washington le gana por el Capitolio en belleza, excediendo a todas las otras coronadas de torres, si no se exceptúa Montevideo, la coqueta ninfa del Plata” (en Palcos, 1934 [1883], p. 5). Se trataba, sin embargo, de una opulencia más ilusoria que real: los adelantos materiales no eran en absoluto suficientes para devolver a la Capital bonaerense el ilustre entramado social e institucional de que gozaba primitivamente. Tal como señaló Palcos décadas después, faltaban las “instituciones culturales capaces de ofrecer a la provincia hombres eminentes y de comunicarle vigorosa personalidad intelectual” (1934, p. 6). En esa reorganización de los espacios de la cultura letrada, indispensable para atraer a la burguesía porteña y consolidar con ella el edificio social deseable

³ Este discurso del Gobernador de La Plata y otros textos oficiales relativos a su fundación que citamos a lo largo de la ponencia han sido tomados de una compilación de documentos éditos e inéditos publicada en 1932 por el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires y de la que estuvo a cargo Antonio Salvadores.

de una gran metrópoli, no podían faltar los tres pilares del pensamiento ilustrado finisecular: la Biblioteca Pública, el Museo y el Observatorio Astronómico (Vallejo, 2017).

Contemplada en el primer paquete de encargos de construcciones edilicias realizados al Departamento de Ingenieros en 1881 (Salvadores, 1932), la creación de esas y otras instituciones esenciales para la formación de una cultura científica (Terán, 2000) se había demorado a raíz de inconvenientes de índole principalmente económica. El interés gubernamental por instituir las, no obstante, continuó siendo prioritario. En particular, la pronta disposición de espacios públicos de lectura se estimó crucial e impostergable entre quienes conferían a la palabra escrita un rol decisivo como herramienta de progreso (Batticuore, 2010; Prieto, 2006 [1988]). Así es que, una vez concretada la nacionalización formal de la Biblioteca Pública de Buenos Aires nacida a instancias de Mariano Moreno en 1810 y, tras largos debates en las cámaras legislativas, se concluyó que la medida más eficaz para no continuar aplazando su restitución en jurisdicción provincial era ponerla en funcionamiento como dependencia provisoria del Museo General, sólo hasta tanto las condiciones financieras permitieran su desempeño independiente. En consecuencia, por decreto del Gobernador D'Amico y su Ministro Achával emitido el 19 de septiembre de 1884, fueron fundados el Museo General junto a la Biblioteca Pública platense que, mientras no pudieran contar con edificios propios, emprenderían su marcha en las instalaciones del Banco Hipotecario provincial⁴. Como Director de ambas instituciones fue designado Francisco Pascacio Moreno (UNLP, 1934).

Un naturalista al frente de la Biblioteca Pública: la gestión de Francisco Pascacio Moreno (1884-1886)

Bonaerense nacido en 1852 en el seno de una familia acomodada vinculada a la clase dirigente de la época, Francisco Pascacio Moreno mostró desde temprana edad una inclinación particular por las ciencias naturales, especialmente por la antropología y la paleontología. Como típico hombre del 80, tuvo oportunidad de desempeñarse en este campo disciplinar como intelectual y, también, como funcionario público: desde los 21 años de edad realizó numerosas exploraciones a la Patagonia, escribió y participó en la escritura de diversas publicaciones, formó parte de distintos círculos de científicos nacionales e internacionales, contribuyó a generar espacios de formación para nuevos investigadores de su área y estuvo encargado de gestionar

⁴ Edificio ubicado en la Avenida 7 entre las calles 47 y 48 y, que en el presente ocupan las oficinas del Rectorado de la UNLP.

algunos museos y otros espacios gubernamentales afines, entre los que se encuentra el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, que dirigió desde 1878 hasta su traslado en 1884 a la ‘nueva Capital’ tras nombrársele Director del nuevo Museo y la flamante Biblioteca bonaerenses (Farro, 2008, 2009; Riccardi, 2009). Luego de una existencia dedicada a las ciencias naturales, administrar el Museo de La Plata significó para Moreno continuar con el plan personal en el que había ocupado su vida y se consagró de inmediato a volverlo tan prestigioso como el que tuvo a su cargo en la antigua Capital. Por su parte, el cometido de instituir una Biblioteca Pública fue ajeno a sus propios intereses y, en consecuencia, no concentró allí sus esfuerzos. Ocurrió con ésta lo que comúnmente sucedía con el resto de establecimientos públicos en la época: su curso inicial estuvo sujeto a la voluntad individual del Director de turno (González Pérez, 2012).

A diferencia del Museo, que comenzó a funcionar con la base del mismo personal, las mismas colecciones y demás enseres que hasta entonces conformaban el Antropológico y Arqueológico al que sustituyó; la Biblioteca debió hacerlo sin ninguna indicación previa, sin ninguna colección, ni mueble, ni pertenencia alguna (Palcos, 1934; Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1885, 1886; Provincia de Buenos Aires. Senado, 1885). Establecer en La Plata un circuito de lectura público supuso, entonces, su total redefinición: implicó tomar decisiones respecto a cuáles serían las funciones del nuevo espacio, las necesidades de qué sector o sectores se atenderían con los fondos oficiales, a través de qué colecciones, de qué maneras, cuál sería el rol de su personal y el sentido de ‘lo público’ que se le otorgaría. Desde la perspectiva de Moreno —que proyectaba su gestión a largo plazo en el Museo, en tanto dirigía interinamente la Biblioteca— alcanzar esos propósitos bibliotecarios nunca fue cometido suyo.

Sin rodeo alguno, al asumir la dirección juzgó y declaró explícitamente que el Museo “deb[ía] disponer de mayores elementos” en relación a aquella que calificó como “sección de Biblioteca Pública” (AHPBA, MG, 1884, Leg. 11, Exp. 1063/0), y fue ese mismo orden de prioridades el que guió su entera gestión mientras ambas instituciones permanecieron juntas. No a causa de una omisión accidental, por ejemplo, presentó el primer plan de gastos como “presupuesto para el Museo de ‘La Plata’” y, sólo luego, añadió: “además he tratado de que con el personal propuesto se pueda atender la Biblioteca Pública de ‘La Plata’ que (...) estará por ahora bajo dependencia del Museo” (AHPBA, MG, 1884, Leg. 11, Exp. 1063/0). Plenamente consciente y motivado por sus inclinaciones personales relegó, con cada una de sus decisiones, la

configuración primaria de la Biblioteca. Al organizar en 1884 el plantel de empleados que debería llevar adelante la constitución de las dos dependencias, dispuso que tan sólo uno de los nueve trabajadores —el inspector bibliotecario— se ocupase de la Biblioteca, y ni siquiera exclusivamente, pues también era su responsabilidad “ayudar al Director en sus trabajos de publicación” (AHPBA, MG, 1884, Leg. 11, Exp. 1063/0). Con la presentación de una nueva división presupuestaria para el año 1886, logró la incorporación de dos nuevos empleados y, sin embargo, ninguno de ellos designado a atender quehaceres bibliotecarios (AHPBA, MG, 1885, Leg. 10, Exp. 695/0). También en la distribución del dinero estipulado para otros menesteres el adelanto del Museo ocupó un lugar preeminente: en 1884 se destinaron 620 pesos m/n por única vez a la instalación de su laboratorio y otros 300 pesos m/n mensuales para gastos generales del Museo y la creación de su propia Biblioteca; en tanto a la adquisición de libros y suscripciones con destino a la Biblioteca Pública le correspondió un monto de 200 pesos m/n mensuales (AHPBA, MG, 1884, Leg. 11, Exp. 1063/0; UNLP, 1934). Esta última suma se duplicó hacia 1886, pero no dejó de ser menor al total concedido para las compras del Museo, que ascendió a 500 pesos m/n mensuales (AHPBA, MG, 1885, Leg. 10, Exp. 695/0). Con escaso personal y presupuesto, sin existencias previas y, sin los 120.000 pesos m/n que le correspondían en concepto de indemnización por las pertenencias cedidas y que al menos inicialmente no le fueron otorgados, el desarrollo original de la Biblioteca resultó —tal como se informó en el Anuario Estadístico de 1885— “lento” (Ministerio de Gobierno, 1885).

Desde su fundación en 1884 hasta que finalizó oficialmente el mandato de Moreno en enero de 1887, todo lo que se hizo por la creación de la Biblioteca platense fue adquirir por compra o donación algunas colecciones bibliográficas. Así como nuestra primera Biblioteca Pública fundada en 1810 había nutrido su fondo inaugural gracias al mecenazgo de diversos letrados que donaron ejemplares de sus acervos personales (Parada, 2012) y, en sintonía con lo que se habituaba igualmente en el ámbito bibliotecario europeo del siglo XIX (Barbier, 2015), la apertura de un espacio de lectura oficial en la ‘nueva Capital’ de Buenos Aires suscitó la generosidad de algunos hombres de élite que con sus legados alimentaron el repertorio inicial. Durante 1884 se recibieron las donaciones de: Valentín Curuchet —que, según indica Palcos, cedió “unos lotes de obras literarias escogidas, entre ellas, las de Víctor Hugo” (1934, p. 6)—, Juan Manuel Ortiz de Rozas (senador provincial) y Mauricio Mayer (funcionario estatal y comerciante) (Farro, 2008; Ministerio de Gobierno, 1885). También la Biblioteca de San

Fernando contribuyó con algunos volúmenes que hasta entonces albergaban sus anaqueles y, el Gobierno provincial aportó diversos libros “en calidad de depósito” (AHPBA, MG, 1884, Leg. 12, Exp. 1123/1). Por su parte, las adquisiciones intencionales se realizaron con los fondos asignados a este propósito por el presupuesto, más algunas partidas especiales que el Estado concedió de la cuenta Rentas Generales. En el año fundacional se registra la compra de “algunos libros y muchas revistas europeas que marca[ban] el movimiento del pensamiento en la tierra”, cuyos títulos y cantidad nos son desconocidos (Ministerio de Gobierno, 1885, p. 209) y; hacia 1885, las fuentes informan de otras importantes adquisiciones. En abril de aquel segundo año desde la inauguración, y a solicitud del mismo Ex-Presidente Avellaneda, se compró la que fuera su biblioteca particular, conformada por 5.600 ejemplares entre los que prevalecían libros de autores españoles del Romanticismo, obras de derecho y publicaciones oficiales recibidas en el transcurso de su mandato⁵ (Aguado, 1984; Palcos, 1934). Meses después, el bibliógrafo Antonio Zinny ofreció en venta unas 153 publicaciones raras, junto a 675 títulos de periódicos argentinos y otros tantos de las demás naciones sudamericanas, que Moreno resolvió adquirir al considerar que se trataba de un patrimonio único en su especie. Por último, hemos hallado registro de una adquisición de 70 colecciones de periódicos, 1.400 publicaciones argentinas y otras tantas obras americanas, producto de un encargo especial realizado desde la Biblioteca al mismo Zinny para que, al recorrer de norte a sur el país, reuniese por los medios que le fuera posible obras referentes a nuestra historia nacional y la americana en general (Aguado, 1984; Palcos, 1934).

En suma la administración de Moreno aportó a la Biblioteca Pública 9.950 ejemplares, pero no más que eso. El saldo de su tímido accionar fue un reducido repertorio de obras escogidas por su valor bibliofílico, por su excepcionalidad o por ser de difícil acceso para los particulares, destinadas a su consulta por hombres de élite, especialmente investigadores abocados al desarrollo científico nacional. Una erudita colección que el naturalista escogió seguramente influido por los modelos bibliotecarios que dieron forma a su imaginario de ‘espacio público de lectura’: las bibliotecas nacionales europeas y la dirigida por Vicente Quesada en Argentina, lugares de instrucción que llenaban sus estantes de obras selectas orientadas a un circunscripto campo de lectores (Lyons, 2012; Planas, 2015). Una colección que, no obstante, permaneció como simple acumulación de volúmenes en completo desorden, sin muebles en los que ser ubicados, no habilitados para su consulta por el público y con los que, por tanto, no se

⁵ En la actualidad la colección de Avellaneda forma parte de las Salas Museo de la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata (<http://www.biblio.unlp.edu.ar/contenido/colecciones-particulares>).

logró devolver a la Capital bonaerense el espacio bibliotecario perdido (Ministerio de Gobierno, 1885, 1886). Tal como más tarde señalaron sus trabajadores, “si bien por decreto del Gobierno Provincial del 19 de septiembre de 1884 se creó la Biblioteca Pública Provincial, recién en el año 1889 tomó forma de tal” (en Llovet, 1963). Pero, para ello, fue preciso un cambio de gestión.

Configuración inicial y apertura al público: la dirección de Augusto Belín Sarmiento (1887-1891)

Poner en marcha el proyecto postergado desde 1884 implicó reconocer que, sin una administración dedicada de lleno a su desarrollo y sustento, la Biblioteca Pública estaría “condenada por lo menos al estacionamiento, que es su inutilidad y su muerte” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887, p. 148). A inicios de 1887 se resolvió, entonces, la separación física y administrativa de las reparticiones tuteladas por Moreno y la consecuente “creación de una dirección especial que fomente y atienda de una manera directa las necesidades de la Biblioteca” (D’Amico y Gonnet en Llovet, s. f., p. III). No resultó indistinto quién llegara a ocupar el cargo. En esta oportunidad las autoridades legislativas resaltaron que el bibliotecario al frente de la institución debía ser alguien “con conocimientos de instrucción general y especialidades de bibliografía” y que tuviese “amor a la ciencia, hábitos de estudio, espíritu organizador y de trabajo, interés por el engrandecimiento de la biblioteca, —y (...) capacidad de estar al corriente del movimiento de librería que (...) opera[ba] en el mundo” (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887, p. 148). El cometido de dotar a la ‘nueva Capital’ de su circuito de lectura público aún ausente le fue asignado a Augusto Belín Sarmiento.

Nieto de Domingo Faustino Sarmiento, hijo de la maestra Ana Faustina Sarmiento y del reconocido impresor francés Julio Belín, Augusto —nacido en Santiago de Chile en 1854 y naturalizado argentino desde pequeño— pertenecía, al igual que sus progenitores, al mundo de las letras. Como era habitual entre los intelectuales de la Generación del 80 (Jitrik, 1968), debía buena parte de su formación a la academia europea y a la experiencia y conocimientos adquiridos de los viajes por el exterior. Vivió en Estados Unidos, Chile, Francia y Argentina. En París fue que cursó sus estudios universitarios y donde inició su labor como publicista, editor, periodista y escritor de algunos ensayos. Una vez asentado de manera estable en Buenos Aires se desempeñó como secretario privado del abuelo materno, a quien además secundó en la redacción de *El Censor* y *El Nacional* y en la instauración de la imprenta *Belín y Cía*. Colaboró, asimismo, en

otros diversos diarios y revistas nacionales e internacionales. Y, aunque poco se recuerda su actividad bibliotecaria, desde febrero de 1877 hasta aproximadamente septiembre de 1878 había sido Director de la Biblioteca Nacional de Maestros⁶ —donde laboró afanosamente para dotar al espacio de la organización que carecía—, en 1885 se había desempeñado como el inspector bibliotecario de la Biblioteca Pública platense y, en un período que desconocemos, ejerció el cargo de Director de la Biblioteca Pública de San Juan (Aguado, 1984; Llovet, s. f.; Piccirilli et. Al., 1953-1954; Santillán, 1956; Wright y Nekhom, 1994). Cuando en 1887 le tocó retornar a la Biblioteca de La Plata —esta vez en calidad de Director— fue porque gozaba de un saber-hacer, unas competencias y una erudición que lo colocaron en una posición inmejorable a la vista de los miembros del Poder Ejecutivo provincial que le otorgaron el cargo (Ministerio de Obras Públicas, 1888). A diferencia de Moreno, Belín Sarmiento poseía saberes bibliotecarios específicos y un amplio bagaje de conocimientos y destrezas que le permitieron comprender con profundidad qué se esperaba de su gestión y cómo conseguirlo.

Junto a un secretario, un escribiente y un ordenanza —tres de los mismos empleados que integraban el plantel bajo autoridad de Moreno y que luego de la separación institucional fueron reasignados a la Biblioteca— inició Belín Sarmiento su intervención en enero de 1887 y, tras un mes de intensa actividad, había realizado un balance de las condiciones en que recibió la institución y de aquello que se precisaba a corto plazo para ponerla en marcha: conformar una colección adecuada a los fines de una Biblioteca Pública, lograr el traslado hacia un edificio apropiado y, organizar los materiales bibliográficos para que pudieran ponerse a disposición de potenciales usuarios (AHPBA, MOP, 1887, Exp. 18, Arch. 3051; Llovet, 1963; Llovet, s. f.; Ministerio de Gobierno, 1889; Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1885, pp. 855-858).

El fondo documental que sirvió de base a la Biblioteca platense no fue para su nuevo Director más que valioso por incluir “obras de grande importancia” y por cuanto había sido reunido por “bibliófilos de la talla del finado Dr. Avellaneda y de la competencia y laboriosidad del señor D. Antonio Zinny” (Belín Sarmiento, 1888a, p. 239). Pero, a su juicio, tenía el defecto de haber sido reunido para para provecho de particulares y no con objeto de servir como las herramientas de estudio e investigación que las bibliotecas públicas inexcusablemente debían

⁶ La actual Biblioteca Nacional de Maestros cambió de estatuto en varias oportunidades: “Biblioteca y Reparto de Libros”, “Biblioteca Pedagógica” y, “Biblioteca Nacional” en el período que fue dirigida por Augusto Belín Sarmiento (Lucero, 1910).

poner a disposición de los intelectuales (Batticuore, 2010; Belín Sarmiento, 1888a). Se hizo evidente la necesidad de una política bibliotecaria de adquisiciones. Belín Sarmiento, en el entendimiento de ello, trabajó con presteza en la confección del primer listado de compras planificado que llegó a tener la Biblioteca desde su fundación. Dentro de los 138 títulos (los volúmenes eran en total 949) que conformaron su selección había: diccionarios de diferentes lenguas (francés, inglés, italiano, árabe y griego); numerosas bibliografías; catálogos razonados de diferentes ramas del saber; diccionarios biográficos y múltiples enciclopedias de áreas temáticas diversas. El repertorio no incluyó obras que fueran producto de nuestro incipiente mercado editorial nacional (Pastormerlo, 2005; Prieto, 2006 [1988]); no incorporó obras de referencia de temáticas argentinas; ni diccionarios de español; ni una proporción considerable de textos en esta lengua (sólo 7 de los 138 títulos estaban escritos en español); tampoco se proyectó ninguna compra a librerías locales, todas las obras serían adquiridas en comercios parisinos (Belín Sarmiento, 1888a).

Un acervo de libros “que llamaban la atención del mundo ilustrado” (Belín Sarmiento, 1887, p. 203), muchos publicados en lengua extranjera, editados en su mayoría en Europa y adquiridos igualmente en librerías de aquel continente, pero llamados a atender necesidades locales; tal fue la clase de textos con que se esperaba dar curso a la apertura del primer circuito de lectura público en La Plata. Sin otro recurso que los 400 pesos m/n que asignaba el presupuesto, Belín Sarmiento se ocupó de obtener gradualmente algunas porciones de aquel conjunto hasta que, a principios de 1888, consideró que los 15.000 volúmenes reunidos serían suficientes para prestar servicios en “una Biblioteca que recién [empezaba] a funcionar” (Belín Sarmiento, 1888a, p. 249). Previamente, sin embargo, fue preciso dotar a la colección de la organización hasta entonces demorada por falta de un edificio adecuado en el que disponerla.

El recinto ocupado provisionalmente en el Banco Hipotecario, según resaltó Belín Sarmiento en repetidas oportunidades, resultaba exiguo, incómodo e inapropiado (Belín Sarmiento, 1888a; Llovet, 1963, s. f.; Ministerio de Gobierno, 1889). Intentó por diversos medios conseguir el espacio permanente que conforme al plan trazado en 1881 correspondía a la Biblioteca pero, sin éxito, debió contentarse con la cesión de los altos del Palacio Legislativo que el Gobierno provincial había decretado a fines de 1887 (Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados, 1887, pp. 641, 642, 658-661, 1041). Tras la asignación de las salas, se procedió inmediatamente a su acondicionamiento, se emprendió la mudanza y, se laboró en la

organización bibliográfica del fondo, que estuvo sujeta al lugar físico ocupado por cada ejemplar (AHPBA, MOP, 1887, Exp. 17, Arch. 3448). Una vez colocadas las colecciones en los estantes, identificado unívocamente cada volumen y confeccionados los catálogos a través de los que localizar la información contenida en cada título, el 7 de julio de 1888 se consideró que la configuración de la Biblioteca Pública se hallaba lo suficientemente adelantada como para abrir las puertas al público, aun mientras restaba ultimar unos cuantos detalles para dar por finalizado su arreglo inaugural (Belín Sarmiento, 1888a; Llovet, 1963, s. f.). En el horario de 11 a 16 y de 20 a 23, el Director junto al resto de empleados aguardaban, en aquel monumental Palacio del casco urbano platense, a los funcionarios públicos que residían en la Ciudad de Buenos Aires pero cada día hábil se trasladaban a La Plata para cumplir sus labores, a aquellos que progresivamente decidían habitar la ‘nueva Capital’, a los mismos diputados y senadores que circulaban por la Legislatura, a los académicos de la Universidad Provincial y de la Facultad de Agronomía y Veterinaria próximas a fundarse (Bonafina, 2014; Graciano, 2013; Vallejo, 2007) y, en definitiva, a todos los hombres de la burguesía política e intelectual que diariamente transitaban y transitarían por “el centro más poblado de la ciudad” (Belín Sarmiento, 1888a, p. 238).

Al tiempo que se ocupó con éxito de la definitiva conformación de una Biblioteca Pública que sustituyera a la bonaerense recientemente nacionalizada y, sin apartarse de su concepción conservada casi sin variaciones desde 1810, Belín Sarmiento procuró instrumentar una propuesta cultural que actualizara levemente el sentido y las responsabilidades atribuidas a los espacios bibliotecarios gubernamentales. Interesado en llegar también al grupo aun mayoritario de población inmigrante, de bajos y/o con escasa educación escolar —e influido indudablemente por las ideas bibliotecológicas que el abuelo materno introdujo en Argentina y plasmó, en esencia, en la Ley 419 de protección y fomento a las bibliotecas populares (Planas, 2017)— estimó oportuno valerse del marco institucional que brindaba el establecimiento a su cargo para dar nuevo impulso a las bibliotecas populares, aunque ya no entendidas en términos sarmientinos, como lugares de libre difusión de lecturas, sino más bien como recintos desde los que controlar y administrar la circulación de libros. Con ese propósito en mira sugirió instaurar en dependencia de la Biblioteca Pública una sección de Biblioteca Circulante municipal y una Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de un más amplio alcance provincial (Belín Sarmiento, 1887, 1888a, 1888b).

La primera, la Circulante, no sería otra cosa que una biblioteca popular, pero concebida desde la iniciativa oficial. Un espacio físico dentro de la Biblioteca Pública y, en él, una porción específica de su fondo apartada para implementar el préstamo domiciliario a todo el pueblo, servicio identificado por Planas (2015) como “la esencia de una biblioteca popular” y rechazado hasta entonces en la institución nacida junto a la Revolución de Mayo por Quesada, Moreno y el resto de sus ex Directores (Belín Sarmiento, 1888b; Planas, 2017). Desconocemos los motivos precisos, pero esta solicitud de Belín Sarmiento no fue atendida por el Gobierno provincial al menos mientras duró su mandato. Por su parte, la más vasta propuesta de instituir una Comisión Protectora de Bibliotecas Populares con jurisdicción sobre todo el territorio bonaerense sí halló buena acogida entre las autoridades ministeriales, que en noviembre de 1887 habían decretado su fundación. Una vez abiertas las puertas de la Biblioteca y cumplimentadas las indicaciones de aquel decreto, se esperaba contribuir desde allí a la causa bibliotecaria a través de dos acciones fundamentales: la provisión a todas las bibliotecas populares de la Provincia de ‘buenas lecturas’ seleccionadas y adquiridas por los integrantes *ad honorem* de la Comisión y, el suministro de salones permanentes en los que instalar sus colecciones, que sería garantizado gracias a la cooperación del Director General de Escuelas. La Comisión funcionó, pero la ínfima suma de 1.000 pesos m/n que le fue asignada para su completo desempeño no resultó en absoluto suficiente para alcanzar los ambiciosos objetivos perseguidos originalmente (Belín Sarmiento, 1887; Decreto 143, 1887).

El 5 de julio de 1891 finalizó la gestión de Belín Sarmiento y, con ella, el período fundacional de la Biblioteca Pública. Durante aquellos primeros ocho años y, fundamentalmente en el transcurso de los últimos cinco, se configuró un espacio bibliotecario que nos recuerda en gran medida al que debió reemplazar tras el suceso de la federalización: un sitio de estudio e investigación destinado a unos pocos con las habilidades y herramientas necesarias para sacar provecho de las eruditas colecciones que allí se custodiaban (González, 2010; Prada, 2009; Parada, 2012). Pese a algún intento de su segundo Director por constituirla como espacio desde el que fomentar la instrucción a los sectores populares —en sus palabras, hacerla “accesible para el sábio como para el ignorante, como medio de hacer penetrar la luz en las viviendas de los desocupados como en el chirivital del pobre, en el taller del artesano y en el conventillo del gañan” (Belín Sarmiento, 1888b, p. 511); *de facto* ello nunca se alcanzó. Es cierto que la Biblioteca sí permaneció abierta a todo el público que deseara visitarla, como también lo es que

su amplio horario de atención resultaba accesible para la gran cantidad de asalariados con apretados horarios laborales. Pero cuesta imaginar a un trabajador de oficio, un peón, un jornalero, una madre de familia, un niño o una niña, concurriendo en su tiempo de ocio a aquel palaciego edificio con el que no se identificaban y en el que seguramente se sentirían incómodos y, mucho menos, para consultar *in situ* obras de referencia y otras literaturas especializadas que no presentaban ningún atractivo ni utilidad para el conjunto de recién alfabetizados que hasta el momento habían sido excluidos de la lectura y la escritura. En marcado contraste con lo que hoy entendemos por ‘Biblioteca Pública’ —a saber, un centro gubernamental ideado especialmente para prestar servicios a personas de toda condición social, raza, edad, sexo, religión, nacionalidad o idioma—; desde la perspectiva de la clase dirigente del 80 encargada de instituir la ‘nueva Capital’ y devolverle su entramado institucional y cultural, un espacio lector sustentado con capital oficial debía ocuparse de atender los requerimientos de una minoría intelectual y, en tal sentido, ser directamente funcional a la formación de una cultura científica para la metrópoli en construcción. Una visión de ‘la cosa pública’ que sólo con el largo transcurrir del tiempo se vería modificada.

Bibliografía

- Aguado, A.** (1984). Historia de la Biblioteca Pública. *Informaciones, Número especial en conmemoración del centenario de la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata 1884-1984*, pp. 3-15.
- Barbier, F.** (2015). *Historia de las Bibliotecas: De Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Buenos Aires: Ampersand.
- Batticuore, G.** (2010). Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso. En A. Laera (Dir.), *El brote de los géneros* (pp. 413-440). Buenos Aires: Emecé.
- Bonafina, J.** (2014). *Una sociedad en la bruma de la ciudad fantasma: La Plata 1880-1914* (Tesis de maestría). Universidad Torcuato Di Tella, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
- Bruno, P.** (2012). Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Un balance historiográfico. *PolHis. Revista Bibliográfica del Programa Interuniversitario de Historia Política*, 5 (9), pp. 69-91.
- Carbonari, F. A.** (octubre, 2008). *Influencia italiana en la construcción del paisaje urbano de la ciudad de La Plata – La arquitectura de valor patrimonial pública y privada entre la crisis del ‘90 y la Primera Guerra Mundial*. Ponencia presentada en VI Jornadas Nacionales de Arte en

Argentina. Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/38905>

Farro, M. E. (2008). Historia de las colecciones en el Museo de La Plata, 1884-1906: naturalistas viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del siglo XIX (Tesis doctoral). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, La Plata, Argentina. Recuperada de http://naturalis.fcnym.unlp.edu.ar/repositorio/documentos/tesis/tesis_0991.pdf

Farro, M. E. (2009). La formación del Museo de La Plata: Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX. Rosario: Prohistoria.

González, H. (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional: Estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

González Pérez, C. F. (2012). Referencias históricas del Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo: Trayectorias necesarias para entender el presente. *Aletheia*, 3 (5). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-5/pdfs/Gonzalez%20Perez%20ok.pdf>

Graciano, O. (2013). El mundo de la cultura y las ideas. En J. M. Palacios (Dir.), *Historia de la Provincia de Buenos Aires: de la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943)* (pp. 153-182). Buenos Aires: Edhasa

Jitrik, N. (1968). *El mundo del 80*. Buenos Aires: Editores de América Latina.

Lucero, A. (1910). *Nuestras bibliotecas, desde 1910*. Buenos Aires: Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina.

Lyons, M. (2012). *Historia de la Lectura y de la Escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Editoras del Calderón.

Palcos, A. (1934). Síntesis sobre la fundación y organización actual de la Biblioteca. *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, XVIII (4), pp.5-36.

Parada, A. E. (2009). *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de mayo*. Buenos Aires: UBA, INIBI.

Parada, A. E. (2012). *El dédalo y su ovillo: Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*. Buenos Aires: UBA, INIBI.

Pastormerlo, S. (2005). El nacimiento de un mercado editorial en Buenos Aires, 1880-1890. *Orbis Tertius*, X (11), pp. 143-158. Recuperado de <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/viewFile/OTv10n11d02/3870>

- Piccirilli, R., Romay, F. L., y Gianello, L.** (1953-1954), *Diccionario Histórico Argentino* (Vol. 1-6). Buenos Aires: Ediciones Históricas Argentinas.
- Planas, J.** (2015). *Libros, lectores y lecturas: constitución, expansión y crisis de las bibliotecas populares en Argentina* (Tesis doctoral). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, Argentina.
- Planas, J.** (2017). *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand.
- Prieto, A.** (2006) [1988]. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Riccardi, A. C.** (diciembre, 2009). *F. P. Moreno y su contribución a la educación y la ciencia*. Conferencia pronunciada por el Académico Titular Dr. Alberto Carlos Riccardi en oportunidad de su incorporación a la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Buenos Aires (Argentina). Recuperado de <http://www.ciencias.org.ar/user/files/riccardi09.pdf>
- Sabato, H.** (2012). *Historia de la Argentina: 1852-1890*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Santillán, D. A. de.** (1956), *Gran Enciclopedia Argentina* (Tomo 1). Buenos Aires: Ediar.
- Terán, O.** (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): Derivas de la 'cultura científica'*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vallejo, G.** (2000). De los Apeninos a La Plata. Los italianos en la construcción de la 'nueva capital'. *Anuario del Instituto de Historia Argentina* (1), 153-173. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&d=Jpr2914>
- Vallejo, G.** (2007). *Escenarios de la cultura científica argentina: Ciudad y universidad (1882-1995)*. Madrid: CSIC.
- Vallejo, G.** (2015). *Proyecto urbano y sectores populares en la génesis de La Plata*. Rosario: Prohistoria.
- Wright, I. S. y Nekhom, L. M.** (1994), *Diccionario Histórico Argentino*. Buenos Aires: Emecé.

Fuentes consultadas

- AHPBA, MG, Año 1884, Legajo N° 11, Expediente N° 1063/0.** *Museo antropológico. Sobre presupuesto para el establecimiento.*
- AHPBA, MG, Año 1884, Legajo N° 12, Expediente N° 1123/1.** *Archivo Mrio. Gob. Sobre traslación de libros al Museo.*
- AHPBA, MG, Año 1885, Legajo N° 10, Expediente N° 695/0.** *Museo La Plata-Adjunta presupuesto para el año 1886.*

AHPBA, MOP, Año 1887, Expediente N° 18, Archivo N° 3051. *Pidiendo autorización para adquirir en Europa libros según el [ilegible] que acompaña (iniciador Biblioteca Pública).*

AHPBA, MOP, Año 1887, Expediente N° 17, Archivo N° 3448. *El Director solicita la serie de retratos de los gobernadores (iniciador Biblioteca Pública).*

Belín Sarmiento, A. (1887). Bibliotecas Populares en la Provincia de Buenos Aires. Memorandum del Director de la Biblioteca Pública de La Plata. *Revista de Educación*, pp. 198-205.

Belín Sarmiento, A. (1888a). Informe y anexos del director de la Biblioteca Pública de La Plata. *Memoria presentada á la Honorable Legislatura de la Provincia por el Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet*, pp. 236-261.

Belín Sarmiento, A. (1888b). Biblioteca Circulante. Del Informe del Director de la Biblioteca Pública de La Plata al Ministro de Obras Públicas. *La Educación Común, sep.-oct.*, t. XV (LXXXVI y LXXXVII), pp. 511-515.

Llovet, C. (1963). *Archivo de Historias e Ideas*. Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.

Llovet, C. (s.f.). *Biblioteca Pública de la Universidad: Historia*. Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, Argentina.

Ministerio de Gobierno. (1885). *Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires. Año cuarto-1884*. Buenos Aires: Establecimiento tipográfico especial para obras.

Ministerio de Gobierno. (1886). *Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires. Año quinto-1885*. Buenos Aires: Oficina Estadística General.

Ministerio de Gobierno. (1889). *Anuario Estadístico de la Provincia de Buenos Aires. Año séptimo-1887*. La Plata: El Día.

Ministerio de Obras Públicas. (8 de noviembre de 1887). Decreto del Poder Ejecutivo creando la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. [Decreto 143 de 1887]. *La Educación Común, año VIII*, no. LXXVVI, p. 330, 331.

Ministerio de Obras Públicas. (1888). Biblioteca Pública. *Memoria presentada á la Honorable Legislatura de la Provincia por el Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet*, pp. LXX-LXXIII.

Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados. (1885). *Diario de Sesiones*. La Plata, El Día.

Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados. (1886). *Diario de Sesiones*. La Plata, El Día.

Provincia de Buenos Aires. Cámara de Diputados. (1887). *Diario de Sesiones*. La Plata, El Día.

Provincia de Buenos Aires. Senado. (1885). *Diario de Sesiones*. La Plata, Diario La Plata.

Salvadores, A. (1932). *Fundación de la Ciudad de La Plata (documentos éditos e inéditos)*. La Plata: AHPBA.

UNLP. (1934). Informaciones sobre la Biblioteca. *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, vol. XVIII, n°4, p 380-381.

Siglas empleadas

AHPBA: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires

UNLP: Universidad Nacional de La Plata

MG: Ministerio de Gobierno

M/N: moneda nacional